

— ¡La duquesa! — exclamaron los diputados.
— Sí, señores, — dijo ella, — y que viene á sacaros de embarazos.

Los diputados, que conocían su resolución, pero que al mismo tiempo temían su entusiasmo, se agruparon en torno de ella.

— Señores, — continuó la duquesa sonriendo, — lo que no han podido hacer los Hebreos, lo ha hecho Judith sola : esperad. También yo tengo mi plan.

Y presentando á los de la Liga dos blancas manos que besaron los más galantes, salió por la puerta por donde había pasado Mayenne.

— ¡Por dios Baco! — exclamó Bussy Leclerc lamiéndose el bigote, y siguiendo con la vista á la duquesa, — decididamente, creo que ésa es el hombre de la familia.

— ¡Uf! — murmuró Nicolás Poulain limpiándose el sudor que caía gota á gota por su frente al ver á madama de Montpensier, — mucho quisiera no mojar en nada de esto.

XV.

Fray Borromeo.

Eran poco más ó menos las diez de la noche ; los señores diputados se hallaban bastante contritos, separándose unos de otros con urbanidad según llegaban á las esquinas de las calles inmediatas á sus casas.

Nicolás Poulain, que habitaba más lejos que todos, se quedó el último y solo, reflexionando profundamente en la situación perpleja que le había arrastrado la exclamación por que principia el último párrafo del anterior capítulo.

En efecto, aquel día había sido para todos, y particularmente para él, fecundo en acontecimientos.

Se dirigía, pues, á su casa temblando por lo que acababa de oír, y diciéndose que si La Sombra había temido por conveniente arrastrarle á denunciar el complot de Vincennes, jamás le perdonaría Roberto Briquet el no haber revelado el plan de campaña, tan sencillamente desenvuelto por Lachapelle-Martreau ante el señor de Mayenne.

Cuando más absorto estaba en sus reflexiones y en medio de la calle de la Pierre-au-Real, especie de callejón de cuatro pies de ancho que daba á la calle nueva de Saint-Merry, vió correr en dirección opuesta á la suya á un hombre con hábito de dominico arremangado hasta las rodillas, y era preciso que uno se estrechase contra la pared, porque no podían pasar de frente dos personas por aquel callejón.

Nicolás Poulain esperaba que la humildad religiosa le cedería la acera, puesto que él era hombre de espada; pero no sucedió así; el fraile corría como un ciervo acosado, con tanta furia que hubiera derribado una muralla, y Nicolás Poulain, renegando, se separó para evitar un choque.

Pero entonces comenzó entre ambos en aquel estrecho paso encajonado entre casas la incómoda evolución que hacen dos hombres indecisos, que querrian pasar ambos, que procuran no embazarse, y que se interceptan el paso involuntariamente.

Poulain empezó á jurar, el fraile á maldecir, hasta que éste, menos sufrido que aquél, le agarró por medio del cuerpo para arrimarlo contra la pared.

En aquel conflicto, y cuando ya estaban para llegar á las manos, se reconocieron.

— ¡Fray Borromeo! — dijo Poulain.

— ¡Maese Nicolás Poulain! — exclamó el fraile.

— ¿Cómo estáis? — preguntó Poulain; con esa admirable naturalidad é inalterable maasedumbre de los parisienses.

— Muy mal, — respondió el fraile mucho más difícil de calmar que el seglar, — porque me habéis detenido, y tenía mucha prisa.

— ¡Qué demonio de hombre sois! — replicó Poulain; — ¡siempre belicoso como un romano! ¿Pero adónde diablos vais con tanta prisa á estas horas? ¿Qué es lo que ocurre? ¿está ardiendo el priorato?

— No, pero había ido á casa de la duquesa para hablar á Mayneville.

— ¿ Á casa de qué duquesa ?

— Se me figura que no hay más que una en cuya casa puede hablarse á Mayneville, — dijo Borromeo, quien desde luego había creído podía responder categóricamente al teniente del prebostazgo, pero que, á pesar de que éste podía espiar sus pasos, no quería ser demasiado comunicativo con el curioso.

— ¿ Y qué ibais á hacer á casa de la duquesa de Montpensier ?

— Es muy sencillo, — respondió Borromeo buscando una respuesta especiosa ; — nuestro reverendo prior ha sido solicitado por la duquesa para ser su confesor ; el prior había aceptado, pero le acometió un escrúpulo de conciencia, y ahora rehusa. La entrevista debía verificarse mañana, y debo decir á la duquesa de parte de fray Gorenflot que no cuente con él.

— Muy bien ; pero, querido hermano, no tenéis trazas de dirigiros al palacio de Guisa ; antes al contrario, lleváis una dirección diametralmente opuesta.

— Sin duda que así debe ser, supuesto que vengo de allá, — repuso Borromeo.

— Entonces ¿ adónde os dirigís ?

— Me han dicho que la señora duquesa había ido á visitar al señor de Mayenne, que ha llegado esta noche y se ha hospedado en el palacio de San Dionisio.

— Verdad es. — dijo Poulain ; — el duque está efectivamente en el palacio de San Dionisio, y la duquesa con él ; pero, compadre, ¿ á qué viene haceros el disimulado conmigo ? Por lo regular no se envía al tesorero á hacer las comisiones del convento.

— ¿ Por qué no, tratándose de una princesa ?

— Y no sois vos, confidente de Mayenne, quien da crédito á las confesiones de la duquesa de Montpensier.

— Y entonces, ¿ á qué daré crédito ?

— ¿ Qué diablos ! amigo mío, demasiado bien conocéis la distancia que hay desde el priorato hasta el medio del camino, puesto que me lo habéis hecho medir. ¡ Cuidado ! me decís tan poco, que acaso creeré demasiado.

— Haríais muy mal, querido señor Poulain ; porque no sé más de lo que os digo. Ahora os ruego que no me detengáis, porque no hallaría á la duquesa.

— La hallaréis en su palacio adonde volverá, y en donde habriais podido aguardarla.

— Si, pero no me disgustará el ver al paso al señor duque.

— Id, pues.

— Porque al cabo, bien le conocéis, si le dejas meterse en casa de su cortejo, me será imposible atraparle.

— Eso se llama hablar. Ahora que sé á quién buscáis, os dejas ir en paz: adiós, y buena fortuna.

Borromeo, al ver el paso libre, dió las buenas noches á Nicolás Poulain, y echó á correr.

— ¡ Vamos, vamos ! parece que aun hay algo de nuevo, — murmuró Nicolás Poulain viendo desaparecer en la sombra el hábito del dominico ; — pero, ¿ qué necesidad tengo yo de saber lo que pasa ? ¿ Acaso cogería yo apégo al oficio que me hacen desempeñar ? No lo quiera Dios.

Y diciendo esto fué á acostarse, no con la calma de una buena conciencia, pero con la quietud que nos da en todas las situaciones de esta vida, por falsas que sean, el apoyo de un hombre más fuerte que nosotros.

En este intermedio, Borromeo proseguía su carrera con la velocidad que le daba la esperanza de desquitar el tiempo perdido.

Conocía, en efecto, las costumbres del señor de Mayenne, y sin duda, para estar bien informado, tenia razones que no habia creído conveniente manifestar á maese Poulain.

Lo cierto es que llegó sudando y sin aliento al palacio de San Dioniso en el momento en que el duque, después de haber hablado de sus grandes negocios, iba á despedir á su hermana para poder ir á visitar á aquella dama de la Cité de quien sabemos que estaba quejoso Joyeuse.

Los dos hermanos, después de muchos debates sobre la acogida del rey y el plan de los diez, se habían convenido en los hechos siguientes :

El rey no concebía sospechas, y por lo tanto cada día era más fácil combatir su poder.

Era indispensable organizar la liga de las provincias del Norte, en tanto que él abandonaba á su hermano y no hacia caso de Enrique de Navarra.

Entre estos dos últimos enemigos, el duque de Anjou era el único temible por su ambición ; en cuanto á Enrique de Navarra, se sabía por buenos

espías que sólo se ocupaba en galantear á sus tres ó cuatro queridas.

— Paris está preparado, — decía en alta voz el duque de Mayenne. — Pero su alianza con la familia real daba mucha fuerza á los hombres políticos y á los verdaderos realistas; era, pues, preciso esperar un rompimiento entre el rey y sus aliados, rompimiento que el carácter inconstante de Enrique debía provocar en breve. — Así pues, — añadía Mayenne, — ya que nada nos apura, esperemos.

— Por mi parte, — decía la duquesa, — necesitaba diez hombres espareidos en todos los barrios de Paris para sublevar la ciudad después del golpe que medito; he encontrado esos diez hombres, y no pido más.

En esto se ocupaban, cuando Mayneville entró de improviso anunciando que Borromeo quería hablar al duque.

— ¡Borromeo! — exclamó el duque sorprendido. — ¿Qué significa eso?

— Monseñor, — respondió Mayneville, — es aquel sujeto que me enviasteis de Nancy cuando pedí á V. A. un hombre de acción y de ingenio.

— Ya me acuerdo, os contesté que tenía un hom-

bre que reunía ambas cualidades, y sin detención os envié al capitán Borroville. ¿Ha cambiado por ventura de nombre y se llama ahora Borromeo?

— Sí, monseñor, ha cambiado de nombre y de uniforme: se llama Borromeo, y es fraile dominico,

— ¡Borroville fraile!

— Sí, monseñor.

— ¿Y con qué objeto ha hecho esa locura? El diablo debe alegrarse mucho si llega á conocerle bajo la capucha.

— ¿Por qué se ha hecho fraile? — La duquesa hizo una seña á Mayneville. — Ya lo sabréis más tarde, monseñor, porque ese es un secreto; entretanto escuchad al capitán Borroville, ó al hermano Borromeo si os parece mejor.

— Sí, sí, dijo la duquesa de Montpensier, — porque esta visita me da algún cuidado.

— También á mí, si he de decir la verdad, — añadió Mayneville.

— Ea pues, hacedle entrar sin perder momento.

En cuanto al duque, vacilaba entre el deseo de escuchar al mensajero y el temor de faltar á una cita de su querida.

Miraba por consiguiente á la puerta y al reloj.

La primera se abrió, dieron las once en el segundo.

— ¡Hola, Borroville! — exclamó el duque sin poder contener la risa, á pesar de su mal humor. — ¡Qué disfrazado estáis, amigo mío!

— Monseñor, — dijo el capitán, — creed que no me encuentro á gusto con este hábito endemoniado; pero, en fin, lo que es preciso es preciso, como decía vuestro padre el duque de Guisa.

— Tened presente, Borroville, — dijo el señor de Mayenne, — que no he sido yo quien os ha metido en él; por consiguiente no os quejéis de mí.

— No, monseñor, toda ha sido obra de la señora duquesa; pero tampoco me quejo de ella, ya que estoy aquí para servirla.

— Gracias, capitán; veamos lo que tenéis que decirnos á estas horas.

— Lo que desgraciadamente no he podido decirnos antes, monseñor, porque tenía á todo el priorato espiondo mis pasos.

— Pues bien, hablad.

— Señor duque, — dijo Borroville, — el rey envía refuerzos al duque de Anjou.

— ¡Bah! — replicó Mayenne, — ya conocemos

ese estribillo, pues hace tres años que nos lo están cantando.

— Lo que es ahora podéis creer de todo punto la noticia.

— ¡Cómo es eso! — dijo Mayenne moviendo la cabeza como un corcel que se encabrita.

— El señor de Joyeuse ha salido para Ruan hoy mismo, es decir, anoche á las dos de la mañana; debe embarcarse en Dieppe y llevar tres mil hombres á Amberes.

— ¡Y quién os ha dicho eso, Borroville?

— Un hombre que ha marchado á Navarra.

— ¡Á Navarra! ¿Tal vez con alguna comisión para Enrique?

— Sí, señor.

— ¿Y quién le envía?

— El rey; y con una carta.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Se llama Roberto Briquet.

— ¿Qué más?

— Es grande amigo de don Modesto Goreaflot.

— ¿Es cierto eso?

— Como que se tutean.

— ¡Y decís que va de embajador del rey?

— Estoy seguro de ello, pues desde el priorato ha enviado á buscar al Louvre sus credenciales, y un fraile ha sido el encargado de esta comisión.

— ¿Quién es ese fraile?

— Nuestro bravo Santiaguillo Clemente; el mismo que habéis visto en el priorato, señora duquesa.

— ¿Y no os ha enseñado las credenciales?

— preguntó el señor de Mayenne.

— Monseñor, no se las ha entregado el rey, pues las ha remitido al mensajero en una carta por conducto seguro.

— Es preciso apoderarnos de esa carta.

— Sí, sí, es preciso, — repitió la duquesa.

— ¿Cómo no habéis pensado en ello? — añadió Mayneville.

— Y tanto como he pensado, pues he querido que acompañase al mensajero un hombre de mi devoción, una especie de Hércules; Pero Roberto Briquet ha desconfiado de él, y no ha querido admitirlo.

— Debíais haber ido vos mismo.

— Imposible.

— ¿Por qué?

— Porque me conoce.

— Como fraile sí, mas no como capitán.

— Eso es lo que no sabemos, porque el tal Roberto Briquet tiene el ojo muy listo.

— Dadme sus señas.

— Alto, seco, todo su cuerpo se compone de nervios, de músculos y de huesos; es astuto, burlón y taciturno.

— ¡ Ah! ¡ ah! ¡ Qué tal maneja la espada?

— Como el que la ha inventado, monseñor.

— ¿Y su rostro?

— Se parece á todos los rostros cuando él quiere.

— ¿Decís que es amigo del prior?

— Desde que éste era simple fraile.

— Me asalta una sospecha, — murmuró Mayenne arrugando las cejas: — yo la aclararé.

— Obrad con presteza, monseñor, porque ese tuno debe caminar de prisa.

— Borroville, — dijo Mayenne, — vais á marchar á Soissons, donde está mi hermano.

— ¿Y el priorato, monseñor?

— Se me figura, — contestó Mayneville, — que bien sabréis forjar un cuento á don Modesto, ya que éste cree cuanto le decís.

— Pondréis en conocimiento del señor de Guisa,
— prosiguió Mayenne, todo cuanto sabéis acerca
de la comisión del señor de Joyeuse.

— Está bien, monseñor.

— Te olvidas de la Navarra, hermano, — ob-
servó la duquesa.

— No por cierto, supuesto que me encargo de
ella, — repuso Mayenne. — Mayneville, mandad
que me ensillen un caballo.

Y añadió en voz baja .

— ¿ Vivirá todavía ? Sí, sí ; debe vivir.

XVI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

Chicot latino.

Según recordarán nuestros lectores, luego que
marcharon los dos jóvenes mensajeros del rey, Chi-
cot prosiguió su camino con paso rápido; mas no
bien hubieron desaparecido aquéllos en el valle que
forma el costado del puente de Juvisy sobre el Orge,
cuando Chicot, que tenia, al parecer, como Argos,
el privilegio de ver por detrás, y que no divisaba ya
á Ernautón ni á Sainte-Maline, se detuvo en el punto
culminante de un cerro, examinó el horizonte, los

fosos, el llano, los matorrales, el río, todo, en fin, hasta las nubes que se deslizaban oblicuamente por detrás de los grandes olmos del camino, y seguro de que nadie podría estorbarle ni espiarle, se sentó junto á un foso con la espalda apoyada contra un árbol, y empezó lo que él llamaba su examen de conciencia.

Tenía dos bolsas de dinero, porque ya había notado que la bolsita que le había entregado Sainte-Maline contenía, además de la carta real, ciertos objetos redondos y suaves que se asemejaban mucho al oro ó plata acuñada.

Aquella bolsita era un regalo verdaderamente regio, pues tenía dos EE. bordadas primorosamente por ambos lados.

— Es linda, — dijo Chicot mirándola atentamente, — y no puedo menos de confesar que el rey se ha portado conmigo de la manera más espléndida. ¡ Su nombre con sus armas ! Nadie hay más generoso ni más estúpido tampoco. Decididamente no puede hacerse carrera de él.

— ¡ Pardiez ! — continuó Chicot, — si de algo me admiro es de que ese rey excelente y bondadoso no haya hecho bordar también en la bolsa de la

carta que me ha mandado llevar á mi cuñado y mi recibo. ¡ Para qué nos hemos de incomodar ? Todos hacen hoy alarde de ser políticos ; pues politiquemos como todo el mundo. ¡ Bah ! Aun cuando asesinen á ese pobre Chicot, como han hecho con el correo que ese mismo Enrique enviaba á Roma para el señor de Joyeuse, sería un amigo menos, y nada más, y los amigos son tan comunes en los tiempos por que atravesamos, que bien podemos prodigarlos. Es preciso confesar que Dios elige mal cuando elige. Veamos ahora el dinero que hay en el bolsillo, y luego nos ocuparemos de la carta. — Cien escudos... Precisamente la misma suma que he pedido prestada á Gorenflot... ¡ Magnificencia y munificencia de Enrique ! — Poco á poco, no le calumniemos ; pues aquí sale un paquetito... Oro español... Cinco piezas de á ocho, á saber : veinte luises... Vamos, vamos ; hé aquí un proceder delicado que prueba que el rey sabe hacer bien las cosas, y á no ser por su cifra, y las flores de lis bordadas, que me parecen superfluas, le enviaría un beso en alas del vienteillo que sopla. Por otra parte, este bolsillo me incomoda mucho, porque los mismos pájaros que pasan por encima de mi cabeza

son capaces de figurarse que soy un emisario real y burlarse de mí ó de denunciarme á los demás viajeros, cosa que no me gustaria mucho.

Chicot vació el bolsillo en el hueco de la mano, sacó del suyo el saquillo de tela de Gorenflot, y metiendo en él todo el dinero junto, dijo á los escudos :

— Bien podéis estar juntos, hijos míos, porque al fin todos sois de la misma tierra.

Sacando en seguida la carta, metió en el bolsillo una piedra, apretó los cordones, y lo arrojó como si lo disparase con una honda, al medio del río, que serpenteaba bajo el puente.

El agua saltó ; dos ó tres círculos rompieron su tranquila superficie, y el bolsillo fué á perderse en los abismos.

— Esto ha sido por mí, — dijo Chicot, — ahora trabajemos por Enrique.

Y recogió la carta que había puesto en el suelo para lanzar la bolsa con más facilidad.

Pero vió que venía por aquel camino un asno cargado de leña. Dos mujeres conducían aquel asno, el cual caminaba con un paso tan fiero, como si, en vez de leña, estuviese cargado de reliquias.

Chicot ocultó la carta bajo su ancha mano, apoyada sobre el suelo, y las dejó pasar.

Viéndose ya solo, volvió á coger la carta, rompió su sello y rasgó el sobre con una imperturbable tranquilidad, como si se tratase de una simple carta de procurador. Luego cogió el sobre que entregó entre las manos ; deshizo el sello entre dos piedras, y lo envió todo á hacer compañía á la bolsa.

Ahora, — dijo Chicot, — veamos el estilo.

Desdobló la carta y leyó :

« Mi muy querido hermano : aquel profundo amor que os profesaba nuestro muy amado hermano y rey difunto, Carlos IX, reside aún bajo las bóvedas del Louvre y ocupa mi corazón constantemente.

Chicot hizo una salutación.

» Así es que me repugna el hablaros de asuntos tristes y desagradables ; pero sois fuerte en la adversidad, y por lo mismo no vacilo en comunicaros cosas que sólo se dicen á los amigos valientes y experimentados.

Chicot se interrumpió y saludó de nuevo.

» Además, tengo un empeño soberano en persuadiros de este interés, que es el honor de mi nombre, y del vuestro, hermano mío.

» Nos parecemos en cuanto á que ambos nos llamamos rodeados de enemigos. Chicot os lo explicará.

— *Chicotus explicabit!* — dijo Chicot; — ó más bien *evolvet*, que es infinitamente más elegante.

» Vuestro servidor, el señor vizconde de Turena, está dando diariamente motivos de escándalo á vuestra corte. No quiera Dios que yo me mezele en vuestros negocios, sino por vuestro bien y honor; pero vuestra esposa, á quien con gran pesar llamo mi hermana, debía tomarse este cuidado por vos en mi lugar; lo que no hace.

— ¡ Oh! ¡ oh! — exclamó Chicot continuando sus traducciones latinas: — *Quæque omittit facere*. Esto es muy duro.

» Os encargo, pues, hermano mío, que veléis por que las inteligencias de Margarita con el vizconde de Turena, extrañamente ligado con nuestros enemigos comunes, no produzcan consecuencias vergonzosas y perjudiciales para la casa de Borbón. Haced un buen ejemplar, tan luego como os cercioréis del hecho, y os cercioraréis de él así que hayáis oído á Chicot explicar mi carta.

— *Statim atque audiveris Chicotum litteram explicantem*. Prosigamos, — dijo Chicot.

» Sería desagradable que se concibiese la menor sospecha sobre la legitimidad de vuestra herencia, punto precioso en que Dios no me permite pensar, porque ¡ ay! yo estoy condenado á no revivir en mi posteridad.

» Los dos cómplices que, como rey y como hermano, os denuncio, se reunen casi siempre en un castillejo, que se llama Loignac. Su pretexto es la caza, y ese castillejo es un foco de intrigas á que no son extraños los Guisas; porque sabéis, á no dudarle, mi querido Enrique, con qué extraño amor persiguió mi hermana al duque de Guisa y á mi propio hermano el duque de Anjou, cuando yo llevaba este nombre y él se llamaba el duque de Alenzón.

Quo et quàm irregulari amore sit persecuta et Henricum Guisium, et germanum meum, etc.

» Os abrazo, y os recomiendo mis consejos, asegurándoos que estoy dispuesto á ayudaros en todo y por todo. Entretanto, servios de los consejos de Chicot, portador de esta carta.

— *Age, auctore Chicot*. Perfectamente. Ya soy consejero del rey de Navarra.

» Vuestro afectísimo, etc., etc. »

Acabada la lectura de la carta, Chicot llevó las manos á fa frente, exclamando :

— ¡ Oh ! Esta me parece una mala comisión, y me prueba que huyendo de un peligro se cae en otro mayor, como dice Horacio Flaco.

En verdad, más quiero habérmelas con Mayenne.

Y sin embargo, prescindiendo de ese maldito bolsillo bordado, cuya invención no le puedo perdonar, la carta es de un hombre diestro. En efecto, suponiendo á Enriquito formado de la pasta con que de ordinario se hacen los maridos, esta carta le indispone al mismo tiempo con su mujer, con Turena, con Anjou, con Guisa y hasta con la España ; porque, para que Enrique de Valois esté tan bien informado en el Louvre de lo que pasa en el palacio de Enrique de Navarra en Pau, preciso es que tenga allí algún espía, y este espía va á devanar los sesos á Enriquito.

Por otra parte, esta carta va á proporcionarme disgustos sin cuento, si tropiezo con un español, con un lorenés, con un bearnés ó un flamenco, bastante curioso para tratar de indagar qué es lo que voy á hacer en Bearne.

Muy poco previsor sería yo, si no me prometiese el encuentro de alguno de esos curiosos.

Sobre todo el dichoso Borromeo debe tenerme reservada alguna cosa, ó mucho me engaño.

Segundo punto : ¿ Qué es lo que ha pretendido Chicot solicitando una comisión cerca del rey Enrique ? Su objeto era vivir tranquilo.

Pues bien ; Chicot va á indisponer al rey de Navarra con su mujer.

Esto no hace el negocio de Chicot, puesto que indisponiendo á tan poderosos personajes, va á hacerse enemigos mortales que le impedirán llegar á la edad dichosa de ochenta años.

¡ Y bien ! tanto mejor ; no se puede vivir á gusto sin ser joven.

Pero en ese caso tanto valía esperar una puñalada del duque de Mayenne.

No, no ; todas las cosas son relativas en este mundo, según la divisa de Chicot.

Chicot, pues, proseguirá su viaje.

Pero Chicot es hombre agudo y tomará sus precauciones. En consecuencia, sólo llevará consigo dinero, á fin de que si matan á Chicot, sólo lo pague su pellejo.

Chicot va á dar la última mano á lo que ha comenzado; es decir, que va á traducir desde la cruz á la fecha esa hermosa epístola en latín y á aprenderla de memoria, aunque ya sabe las dos terceras partes; en seguida comprará un caballo; porque, á la verdad, desde Juvisy hasta Pau es preciso echar muchas veces el pie derecho delante del izquierdo.

Pero antes de hacer esto, Chicot rasgará la carta de su amigo Enrique de Valois en muchísimos y menudos pedazos y tendrá especial cuidado de que éstos, reducidos á átomos, se esparzan en el río y en el aire, así como en la tierra, nuestra madre común, á cuyo seno vuelve todo, hasta los disparates de los reyes.

Cuando Chicot acabe lo que ha empezado...

Y al decir esto se interrumpió para ejecutar su proyecto. Una tercera parte de la carta fué á parar al río: el aire se llevó otra, y la tercera desapareció en un agujero practicado al efecto con un instrumento, que ni era daga ni cuchillo, pero que en caso de necesidad podía reemplazar á la una y al otro, y que Chicot llevaba metido en su cinturón.

Concluido esto, continuó diciendo:

— Chicot se pondrá en camino con todas las pre-

cauciones imaginables y comerá en la buena ciudad de Corbeil, como honrado estómago que es.

Entretanto, ocupémonos del tema latino que nos hemos propuesto, porque se me figura que vamos á componer un magnífico discurso.

Chicot se detuvo aquí, pues acababa de ocurrirle la idea de que no podría traducir en latín la palabra *Louvre*, y esto le puso de mal humor.

También se veía obligado á expresar en latín macarrónico la palabra *Margarita*, llamándola *Margota*, así como de *Chicot*, había hecho *Chicotus*, pues de lo contrario ninguno de estos nombres hubiera quedado en latín, sino en griego.

Ocupado Chicot en buscar para sus frases latinas el purismo y giro ciceroniano, llegó hasta Corbeil, ciudad agradable, en que el atrevido mensajero se entretuvo en admirar las maravillas de San Spiro, y muy particularmente las de un pastelero, tabernero y mesonero, que perfumaba con los deliciosos vapores de sus manjares los contornos de la catedral.

No describiremos la comida de Chicot, ni el caballo que compró al mesonero, porque esto sería imponernos una tarea demasiado grande para nues-

tras fuerzas ; diremos únicamente que la primera se prolongó muchísimo, y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudiéramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.

XVII.

Los cuatro vientos.

Chicot, con un caballo que debía de ser muy fuerte para llevar un personaje tan grande, hizo noche en Fontainebleau, tomó por la mañana el camino de la derecha, y llegó hasta un pueblecito llamado Orgeval. Bien hubicra querido andar algunas leguas más aquel día, porque estaba deseoso de alejarse de París, pero su cabalgadura comenzaba ya á dar tantos y tan grandes tropezones, que juzgó urgente detenerse.

Además, su vista, de ordinario tan perspicaz, no